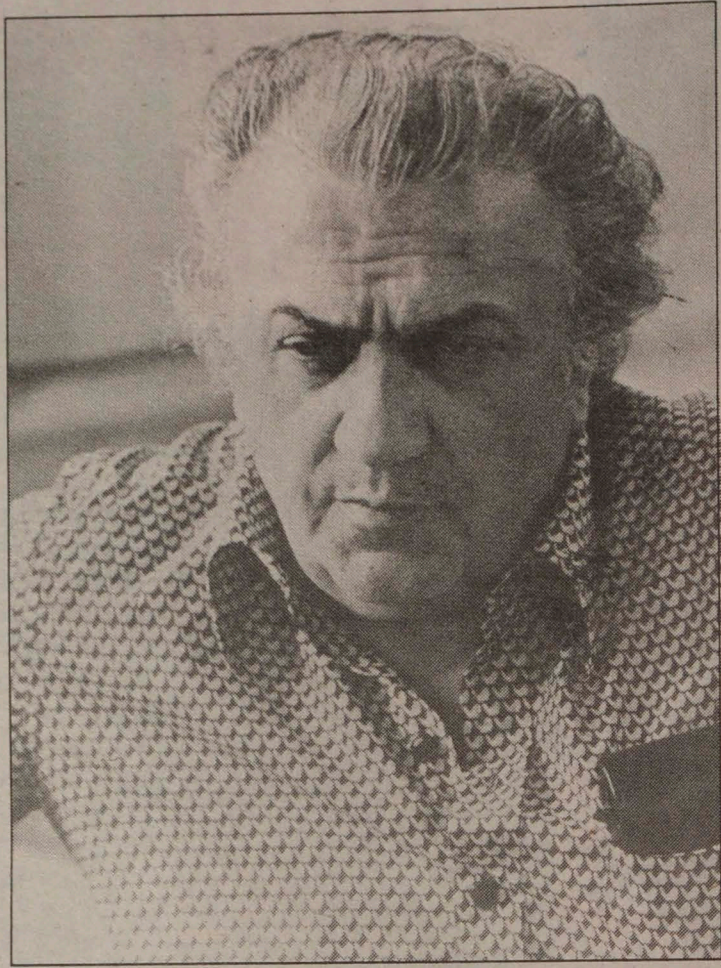


Compañeros de ruta



Federico Fellini.

Mi afición por el cine comenzó en mi infancia, mucho antes de convertirme en un pertinaz espectador... Las cajetillas de algunas marcas de cigarrillos de la época solían traer dentro de ellas fotografías de las estrellas de cine de entonces. Yo, como muchos niños de esos tiempos, coleccionaba esas fotografías, que llamábamos "las monitas". Para acrecentar mi colección, los días domingo me paraba en la puerta de mi casa, por donde solían pasar de regreso los asistentes a los partidos de fútbol que se jugaban en los antiguos Campos de Sport, y los detenía para preguntarles: "¿Usted fuma?", y ante la respuesta afirmativa agregaba: "¿Me da la monita?". Así logré acumular un buen número de monitas, con las fotos de las estrellas cinematográficas en boga que exaltaban mi imaginación. Los rostros de Kay Francis, Jean Harlow, William Baxter, Lon Chaney me fueron familiares sin que nunca los hubiera visto en las pantallas de cine.

Más adelante comprendería que esos rostros y el de los actores y actrices que aparecerían y desaparecerían de las pantallas formaban parte de un singular patrimonio de la cultura de nuestro siglo, que las fábulas y peripecias que encarnaban en el cine las compartían millones de espectadores de todo el mundo occidental, y que para cada uno de esos espectadores de distintas naciones, las estrellas de cine se habían convertido en verdaderos compañeros de ruta, en amigos, en puntos de referencia. ¿Cuántos millones de hombres se habrán enamorado, como me enamoré yo, de Marilyn Monroe? ¿Cuántos no recordarán melancólicos a Rita Hayworth y su sensual baile en *Gilda*? ¿En cuántos idiomas no se habrá creado un verbo nuevo como nuestro "achaplinarse", en homenaje a las tragicómicas aventuras que encarnaba Carlitos Chaplin? ¿Y cómo se habrán multiplicado en el mundo los escalofríos de horror que provocó la aparición en las pantallas de Boris Karloff y su Frankenstein?

Los ejemplos son muchos, pero lo cierto es que los directores y los actores de cine nos han acompañado en nuestras vidas con una fidelidad sólo comparable a la que nos conceden las grandes amistades. Por eso, cuando vemos a un actor o a una actriz ir envejeciendo y cuando los galanes de ayer se convierten en actores de carácter, observamos en ellos nuestro propio envejecimiento, y cuando uno de ellos muere, sentimos que algo muere también en nosotros.

Me resulta difícil aceptar que no volveré a ver una nueva película de Fellini, que el adjetivo de "fellinesco" con que suelo caracterizar algu-

nas situaciones de la vida, en un tiempo más no tendrá significación alguna para las nuevas generaciones; me rebelo al pensar que he perdido a este compañero de ruta que me proporcionó tantos momentos de deleite estético y de reflexión.

Es cierto que sus últimas películas no tenían el peso ni la genialidad de sus obras de juventud, como *La strada*, o de la madurez, como *La dolce vita* u *8 y medio*, pero, de todos modos, siempre aparecían en sus últimas producciones la observación aguda, el detalle genial.

No sé si en Chile se ha exhibido comercialmente uno de sus últimos filmes, *Intervista*, donde el maestro muestra con su fina ironía el deterioro que el paso del tiempo hace en todos nosotros, aun en esos seres mitológicos que son las estrellas de cine. La película es protagonizada por el propio Fellini. En una escena está trabajando en su oficina con su equipo cuando entra por la ventana Marcello Mastroianni. Se ve su rostro estirado por sucesivas operaciones de cirugía estética, en un vano intento por conservar la juventud. Fellini invita a Mastroianni a visitar a alguien, pero no le dice a quién. Van en auto a una villa y ahí los recibe una gorda inmensa, ajada y escotada. Es Anita Ekberg. Pero Fellini les tiene una sorpresa, y en el living de la casa exhibe escenas de *La dolce vita* en que aparecen los dos en su esplendente juventud. La cámara va de la proyección de *La dolce vita* a los rostros actuales de la Ekberg y Mastroianni envejecidos. La expresión de ellos al verse ahora y antes es una de las escenas más dramáticas que he presenciado en cine.

Digna de Fellini.

* Dramaturgo.

Enseñanzas de la elección de la FAO

Nada se saca con tratar de ocultar la gravedad de lo que sucedió en la FAO, máxime cuando a la candidatura de Rafael Moreno se le dio la connotación de una decisión de Estado, para cuya materialización no sólo se comprometió una suma considerable de dinero del presupuesto de la nación, sino también se hizo jugar un rol de primera línea a las máximas autoridades del país, encabezadas por el propio Presidente de la República.

Los que han actuado desde hace mucho tiempo en la política y han vivido otros períodos electorales, saben que antes de cada elección los postulantes sufren el llamado "síndrome del candidato". Es decir, aquel fenómeno que lleva a que el postulante pierda toda objetividad para analizar friamente sus posibilidades reales de éxito. En las elecciones internas este fenómeno no tiene mayores consecuencias, salvo las que padece el orgullo personal del candidato cuando se hace el recuento de los votos y tiene que enfrentar la dura realidad de la derrota. Lo grave ocurre cuando las propias autoridades de un país se dejan influenciar por el "síndrome del candidato" y, en razón de ello, comprometen al país en algo que termina en un absoluto fracaso, en que no solamente resulta afectada nuestra imagen internacional, sino que, a causa de los pasos que se dieron -debido a la falta de objetividad que se tuvo a la hora de sopesar las posibilidades reales de triunfo- se provocan consecuencias que en el futuro dañarán las posibilidades de incorporarnos a los grupos de poder internacional, que económicamente son importantes para nuestro crecimiento futuro.

Sin embargo, de todas las enseñanzas y conclusiones que podemos sacar de este asunto la más importante es, quizás, la que se refiere a la necesidad de que definamos con claridad, como país, cuál es nuestra ubicación en el concierto internacional, y abandonemos definitivamente nuestra posición actual, que está marcada por la ambigüedad.

Mientras haya algunos que consideran que somos "jaguares", "tigres", u otro animal igualmente prestigioso, y que estamos a poca distancia de ponernos a la par de los países de gran desarrollo, no podremos aspirar a que los países que aceptan con dignidad ser parte del Tercer Mundo elijan a nuestro país como su representante. Con la agravante de que esas naciones con las cuales aspiramos a compartir las bondades de ser sumamente desarrollados tampoco están dispues-

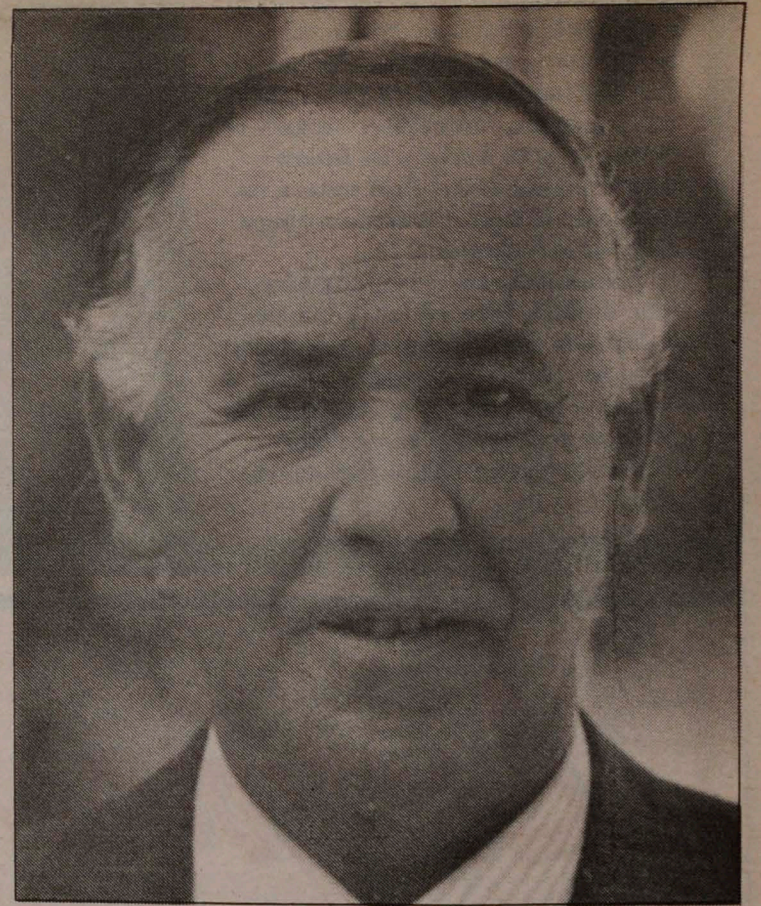
tas a reconocernos esa condición y, de hecho, estarán siempre dispuestas a tomar todas las medidas que sean necesarias para hacer más difícil nuestro crecimiento económico.

Debido a esta visión sobre nuestra ubicación en la escena internacional, Chile se ha ido distanciando de todas las organizaciones en que se agrupan los países del Tercer Mundo, y hemos ido levantando más de un muro entre nosotros y ellos en razón de que nos sentimos distintos.

Nuestro candidato en la FAO planteó su candidatura como un "puente entre ambos mundos", sin entender que en el campo de las relaciones internacionales los puentes se pueden construir sólo cuando el que pretende ocupar ese lugar goza de la más absoluta aceptación y apoyo de ambas partes. El resultado de la elección demuestra el fracaso de tanta pretensión. Los países desarrollados hicieron todo lo posible por impedir la elección de un representante del Tercer Mundo, mientras las naciones que caen bajo esta denominación se dedicaban a unir voluntades para elegir a un país que clara y definitivamente los representara, sin complejos, y que admitiera a la vez con dignidad su condición de subdesarrollado.

El peso de esos cuatro millones de compatriotas que viven en la pobreza le impidió a nuestro candidato levantar el vuelo.

* Vicepresidente de la Socialdemocracia Chilena
Departamento de Relaciones Internacionales



Rafael Moreno.

Artículos de primera necesidad

Decía Cantinflas en una película: "¿Para qué regalar frigorizantes a los menesterosos, si no tienen condumios que frigorizar?". A los países en penuria les urgen artículos de primera necesidad. Y es inevitable que, a la hora de definir qué es un artículo de primera necesidad, se nos cuele el relativismo occidental. Con el riesgo que significa prescindir del tubo de

PALABRA DE LECTOR

ensayo, creo que la alimentación y el vestir son artículos de primera necesidad de una lista, y en los primeros lugares. Cuando los individuos tienen acceso a esos artículos de manera estable y permanente, son otras las necesidades que pasan a primer pla-

no. Y así sucesivamente, hasta llegar a aquellos productos de los que podemos prescindir: un reloj de oro lo consideramos de mucho valor, pero no de primera necesidad.

El ejemplo se puede aplicar a los medios de comunicación. Todo cuanto publican, difunden, emiten ¿son artículos de primera necesidad? Todo lo que dicen ¿justifica la exigencia del derecho a la información? Es evidente que los directores de esos medios rechazarán que se les diga que sus "productos" son de segunda. El

consumismo informativo tiende a acumular las noticias como esos objetos que se tienen en casa pero no sirven para nada.

Hace unos años la TV austríaca ofreció un espléndido concierto del tenor José Carreras. A la hora prevista para los informativos, y faltando mucho para la conclusión del programa, los encargados de la TV avisaron que las noticias quedaban aplazadas. Las noticias, por urgentes que fueran, pasaron a segundo plano para permitir el disfrute del magnífico concier-

to. La TV dejó de ser un "medio informativo" para pasar a ser un "medio de comunicación cultural". Entre ser "informativo" y ser "comunicativo" existe la sutil diferencia de la sensibilidad.

Por eso creo que la ética profesional del informador empieza cuando acepta que no siempre sus noticias son artículos de primera necesidad.

Francisco Molina
Ambito María Corral
SANTIAGO